

por Dios, hermano! La madre de este hombre, tan honrado como yo, ha sido el torno de la Inclusa.

En seguida viene otra declaracion mas grave; la del agente que ha dado con la pista de toda esta horrida de tunantes.

El testigo *Milon*, inspector de brigada de seguridad, es un tipo curioso de agente de policia. Tiene cerca de treinta años, y es de contestura robusta. La cara es delgada y termina en una especie de hocico puntiagudo; sus ojuelos centellean de malicia; no parece sino que la naturaleza le ha formado espresamente para el papel que le ha tocado desempeñar en la sociedad. Da cuenta de una entrevista que le ha puesto en camino para dar con los asesinos. El 1.º de junio, dice, estaba yo en el muelle, en donde ví algunos *indicadores* (gentes que dan avisos á los agentes de policia por dinero) y nos acercamos á *Lesage* que pasaba por allí á la sazón. Todos juntos nos fuimos á una tienda de licores de la calle de la *Boucherie*. Se echaron siete ú ocho *medios-chicos*, uno tras otro, con lo cual se calentaron las cabezas: yo, que queria conservar la mia, tomé un vaso de horchata y me puse en un rincon para dejarlos que hablasen con libertad y para atrapar todo lo que pudiese de sus conversaciones; *Lesage* se vació completamente. Manifestó lo mucho que sentia hallarse sin *parneses* para devolver la *reciproca*, pero luego añadió calentándose por grados ¡paciencia! ¡paciencia! no ha de durar esto siempre. Estoy decidido á *echar el resto*, quiero hacer un *negocio*, pero no puedo meterme en nada sin contar con *Soufflard*. No hay otro hombre mas que este, en quien poder uno tener confianza para los negocios.

Este mismo *Milon* habia atrapado en mentira á la *Vollard* y la habia confundido. Acompañaba á *M. Jennesson*, comisario de policia, á un registro que se hizo en casa de aquella mujer. «Desconfiad, le dijo al comisario al entrar, de esta *hembra* que es muy *viciosa*. A vos no os dirá nada, si me lo permitís, yo la interrogaré;» y en seguida empezó á registrar: desde luego dió con una camisa recién lavada pero que estaba sin planchar: «Hé aquí una camisa, la dijo á la *Vollard*, que debe haberos hecho apretar el puño para lavarla; vuestro hermano ha reñido con alguno y se ha llenado de sangre y de lodo.» La *Vollard* le contestó con viveza: «No, la camisa no tenia ni sangre ni lodo.»

En una calceta vieja encontró *Milon* una papeleta de empeño del Monte de Piedad, de una levita: la *Vollard* dijo que la levita empeñada era la de su marido; pero *Milon* habia visto que las señas de esta prenda que constaban en la papeleta, es decir, el color de aquella, era el de la de *Lesage*: «Mentís, la contestó, la levita empeñada es la de vuestro hermano.»

Pasóse en seguida á las confrontaciones y relaciones de peritos.

El presidente mandó que *Soufflard* y *Lesage* se pusiesen las levitas que se suponía llevaban el día que se cometió el crimen. Una vez hecho esto, se les hizo á los acusados que se pusieran los sombreros y se les condujo al centro de la pieza. Luego se les co-

locó uno despues de otro delante de los esposos *Toussaint*, porteros de la casa de la calle del Temple, en la posicion en que debian estar al entrar en la mencionada casa. El matrimonio no pudo pasar al lado de los acusados sin horrorizarse. Los dos reconocen la levita parda (*Lesage*) y tambien creen reconocer la levita azul (*Soufflard*).

Elisa Renault es llamada para una confrontacion semejante, y pasa un buen rato antes que comparezca. Entonces se sabe que la jóven al entrar en la sala de la audiencia ha sentido una emocion tan fuerte que ha perdido el conocimiento. Por fin entra, apoyada en el brazo de una amiga suya. *Emilia* es alta, flexible y bien formada para su edad; la palidez de su rostro es estremada. Su rostro cándido y lleno de dulzura, apenas marca la primera adolescencia, sus facciones son muy graciosas y sus negros cabellos están peinados con sencillez: va vestida de luto riguroso. A las primeras preguntas que la hace el presidente responde con voz fresca y sonora, aunque un tanto trémula por la emocion, pero de pronto la dice aquel magistrado: «Volveos, señorita, mirad á esos dos hombres, ¿los conoceis?»

Elisa Renault se vuelve, y en seguida la da un fuerte espasmo. Cae desmayada en los brazos de su compañera y de su padre que ha corrido á sostenerla, y de su pecho jadeante salen con pena unos sonidos inarticulados y unos sollozos que parten el corazón. Todo el mundo se apresura á socorrerla: los médicos que han asistido á la audiencia la hacen respirar sales, la desembarazan la cabeza y la hacen respirar un poco de aire fresco, con lo cual la crisis nerviosa va calmándose poco á poco.

Este incidente ha producido en el auditorio y en los señores jurados una profunda sensacion. La impresion es todavia mas grande en el banco de los acusados; *Lesage* muda de color al oír los primeros sollozos de la desgraciada niña; la sangre de las mejillas se le sube á los ojos. Pero esta impresion ha desaparecido como un relámpago y el acusado se queda tan pálido como antes. Se ve que hace esfuerzos por mirar cara á cara á la testigo; en seguida vuelve la cabeza; luego, por un esfuerzo prodigioso que se conoce en la contraccion de los músculos de su cara, fija la vista con calma en aquella escena de dolor.

Soufflard está apoyado en la barra con la cabeza baja y como escondiéndose para no ser conocido. La *Vollard* se ha pasado la mano por la cara para disimular bajo la máscara de una emocion hipócrita y aparente la impassibilidad de su mirada. *Micaud* está como muerto.

Entre tanto la jóven ha vuelto en sí. Cuenta la terrible escena, y cuando el presidente la dice señalando á *Lesage*:

¿Conoceis á ese?

Sí, sí, contesta, él es (*Lesage* se estremece, pero en seguida recobra su sangre fria y mira cara á cara á la testigo).

El presidente hace levantar á *Soufflard*. *Elisa Renault* le reconoce en su aire. Entonces se le manda decir á *Soufflard*: *Cerrad la puerta*.

Soufflard: *Cerrad la puerta*.